

## saludo del r. p. juan l. swain

Vicario General de la Compañía de Jesús  
al Santo Padre en la audiencia del  
7 de mayo de 1965

Beatísimo Padre:

Llenos de alegría venimos a nuestro supremo Superior y Padre los 224 Padres delegados de toda la Compañía de Jesús que vamos a comenzar hoy los trabajos de nuestra Congregación General. Como en otro tiempo vuestro Predecesor Paulo III, de venerada memoria, acogió con tanta benevolencia al pequeño grupo de compañeros de nuestro Padre San Ignacio, así también os habéis dignado recibir como muestra de paternal benignidad a los que han sido elegidos por la Compañía, —difundida ya por el mundo entero—, para celebrar en Roma la Congregación General. Y con satisfacción podéis contemplar, vos Padre de la Iglesia Universal, a vuestros hijos de Africa y Asia Oriental que tomarán parte por primera vez en nuestra suprema Asamblea.

Es verdad que a estos sentimientos de gozo se mezcla también otro de tristeza ya que dificultades de orden político han impedido a muchos hermanos de nuestra familia asistir a nuestra reunión. No resignándonos a esta ausencia, hemos convocado como Procuradores a otros miembros de las mismas Provincias que están dispersos fuera de su Patria, para que al menos de este modo podamos oír la voz de los ausentes que echamos de menos.

El Pensamiento íntimo del Santo Fundador y de sus primeros compañeros, perdura inmutable en la Compañía actual a pesar de las diferencias no pequeñas en el aspecto exterior y en el número.

Ese pensamiento se expresa en las Letras Apostólicas de vuestro Predecesor Julio III (21 de julio de 1550): "servir exclusivamente a Dios y a su Esposa la Iglesia, a las órdenes del Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra, para defensa y propagación de la fe y para el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana". La filial adhesión al Ro-

mano Pontífice de nuestro Fundador San Ignacio lo indujo a establecer que el sitio donde ordinariamente se reuniese la Compañía para la elección del Prepósito General fuese el mismo de la Curia del Romano Pontífice.

Acogemos gustosamente esta recomendación de Nuestro Padre para profesar una vez más la veneración y sumisión de nuestra Compañía a la Cátedra de Pedro y a su magisterio y al mismo tiempo expresar nuestro por tantas muestras de amor y solicitud como habéis dado a nuestra familia.

Permitasenos recordar entre ellas la que conmovió profundamente a todos los hijos de la Compañía: vuestra paternal visita con la que quisisteis honrar a nuestro amadísimo Padre General en sus últimos momentos.

Esta Congregación General se ha reunido para elegir el sucesor del difunto Padre General. Con insistentes oraciones imploramos la divina Misericordia para que la Congregación elija Prepósito a quien, siguiendo las huellas de sus predecesores, se esfuerce por congregar la milicia de Ignacio bajo el estandarte de la Cruz y para el servicio de Cristo y su Vicario, y la conduzca con diligencia, a la menor indicación del Jefe supremo de la Iglesia, allí donde lo requiera el mayor servicio de Dios y la necesidad de las almas.

Pero además de la elección del General se ocupará también la Congregación de la discusión y solución de urgentes problemas de nuestra Orden, para conseguir, a ejemplo de la Iglesia, la acomodación sacada del tesoro mismo de nuestro Instituto que reclama nuestro modo de vida y la acción apostólica. Ya desde ahora se puede afirmar, por más de 900 postulados enviados por las Provincias, que es manifiesto el deseo común en todos los miembros de que la Compañía de Jesús encuentre en las deliberaciones de esta Congregación el camino seguro y preciso para responder más prontamente al llamamiento de la Iglesia de nuestro tiempo y prever más eficazmente, según nuestras fuerzas, a sus necesidades.

En las Actas de las Congregaciones Provinciales frecuentemente se aducen documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II que nos abren ancho campo para una más plena renovación del espíritu y una mayor acomodación al apostolado de hoy. Todos queremos con ánimo sincero y ardiente corresponder a este deseo de la Iglesia.

Dignaos confirmar, Beatísimo Padre, con vuestra Bendición Apostólica nuestros propósitos y dar así a los trabajos que vamos a comenzar la prenda de un buen éxito para mayor gloria de Dios y servicio de la Iglesia.